

LOS HÉROES DE MI PATRIA

No en honra á las marciales
 Luchas famosas de la Grecia canto;
 Mi patria tiene iguales
 Valientes generales,
 Y por su gloria yo mi voz levanto.

De Aquiles, un Homero
 Dejó la vida prodigiosa escrita;
 Sobresalir yo quiero,
 Y canto al *patriotero*
 En Juárez, Huerta, Santos y Pueblita.

¿Dónde hay hombres más dignos
 De ocupar de la historia el vasto campo,
 Con indelebles signos
 Que los puros benignos
 Vidaurri, tata Juan y el buen Ocampo?

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA GARRA

En una calle de Morelia, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo vivía un empleado de exigua estatura, ojos hundidos y cara de contrición. Una olla de algo más vaca que carnero, torreznos las mas noches, buen chocolate todos los días, ningún ayuno los viernes, y no malas comidas los sábados, consumían las dos partes del sueldo eclesiástico que gozaba, y el resto se consumía en tal ó cual pantalón raído y de astrónomo, unos anteojos azules, y alguna casaca de punto de caramelo con cuello de dalmática. Frisaba en los cuarenta y pico, era de complexión endeble, enjuto de rostro, pero de cabeza asturiana. Quieren decir algunos que desde su nacimiento tuvo decidida vocación por la Iglesia; aunque otros afirman que desde antes (que en esto hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben), aunque por hechos posteriores puede afirmarse que unos y otros tienen razón. Pero esto importa poco á nuestro cuento; basta que en la narración de él no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber, que este sobredicho empleado, los

ratos que podía defraudar á su destino (que eran los más) se daba á leer libros de fourieristas y sansimonianos, con tanta afición y gusto, que se olvidó de las cuentas de los diezmos y aun de la administración de su casa, y llegó á tanto su desatino, que una parte del sueldo la empleó en libros que leer, y así llenó su casa de cuantos pudo pillar, y, de todos, ningunos le parecían de más grato solaz é instrucción como los que compuso *Proudhon* y aquellas desconcertadas razones suyas le parecían de perlas, principalmente cuando se encontraba con las altisonantes de: «*la propiedad es el robo, Dios es el mal, los bienes de la tierra á todos nos pertenecen*, y otras del mismo calibre, que le sonaban dulce y amorosamente en las orejas, y le hacían escupir más á menudo, por hacérsele agua la boca, considerando todo el lote que en suerte le había de caber más tarde.

No estaba muy bien puesto con la parte que á su vez le reclamarían otros de la presa que hubiera hecho, porque se imaginaba que por muchas riquezas que abarcara, había de haber muchos pedidores que á su vez le dirían que la propiedad es el robo; pero, con todo, alababa la feliz invención de hacerse rico sin trabajar, y muchas veces le vino el deseo de tomar la pluma para poner al pie de aquellas páginas, que la propiedad sería sagrada luego que estuviera en sus manos; y sin duda lo hiciera y aun se saliera con ello, si otros mayores y continuos pensa-

mientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas competencias con los hombres de su partido (que son doctos en la facultad) sobre si era mejor caballero el que roba en camino real, sin invocar bandera alguna, ó si tenía más mérito el que á la sombra de una constitución y un partido, despluma por mayor sin andarse con chiquitas.

En resolución, él se enfrascó tanto con su lectura, que leyendo se le pasaban las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer se le vació la mollera, y vino á perder los pocos escrúpulos que tenía. Llenósele el magín de todo lo que había leído en los libros, así de robos y de falansterios, como de sociedades de mutua beneficencia. Y asentósele de tal modo en el caletre que era verdad toda aquella multitud de desatinos, que de su error no le hubiera sacado ni el mismo San Dimas, si sólo por eso hubiera vuelto al mundo. Así es que vino á dar en el más extraño pensamiento que á cabeza humana pudo ocurrir, y fué que le pareció útil, conveniente y provechoso extender en México las doctrinas comunistas, así para el aumento de su hacienda como para la destrucción de las gentes, y determinó por ende hacerse caballero andante y salir por esos mundos de Dios, haciendo lindezas, buscando aventuras y ejercitándose en la honrosa profesión de hacer todo género de agravios, hasta cobrar imperecedera fama.

Imaginábase el pobre, ya dueño de una inmensa fortuna,

y tal vez, tal vez sentado en un mullido sillón, dictando leyes al país y hecho supremo legislador del reino azteca, y con estos pensamientos, se dió prisa á poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fué encomendarse á Caco con toda devoción, afilar las uñas y aguzar el entendimiento para que ninguna de las doctrinas que había aprendido fuera á olvidársele á la mejor ocasión. Y hechas tales prevenciones, no quiso aguardar más tiempo, y apretándole la falta que él pensaba que hacía en el mundo su presencia, según eran los agravios que pensaba hacer, los derechos que entuertar, sinrazones que cometer, abusos que aumentar y deudas que no satisfacer; y así burlando la vigilancia de las autoridades, y sin despedirse de los que lo habían hecho gente, una mañana antes del día se armó de sus anteojos, cabalgó sobre un flaco rocín, y formando con un risueño capote una hética maleta, salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio á su mal deseo.

Mas apenas había andado los primeros pasos, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa, y fué que le vino á la memoria, que nunca caballero andante se vió en el mundo sin un leal escudero, y así por no faltar á tan cómoda y acertada usanza, acordó de dirigir sus pasos á la casa de un rancho muy conocido suyo, hombre codicioso y socarrón, con ribetes de bellaco y de poca sal en

la mollera. Hallólo, y tanto le persuadió y prometió, que el pobre patán determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas el insigne caballero, que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase en quítame allá esas pajas, alguna ínsula y le dejase á él (el rancho) por gobernador de ella. Con estas y otras razones, Pitacio, que tal era su nombre, dejó su mujer y rancho y se asentó por escudero de su vecino.

Así dispuestas las cosas, echaron á andar por donde á los jacos les vino en voluntad, considerando de rigor que en aquello consistía la fuerza de las aventuras. Yendo, pues, caminando nuestros flamantes aventureros, le ocurrió á nuestro héroe, que para distinguirse de los de su ralea, y habiendo mudado de estado, debía también cambiar de nombre y ponerse uno que le diera á conocer por todo el mundo. Y revolviendo en su imaginación todos los pomposos y retumbantes nombres que pudo recordar, vino á decidir que en lo de adelante llamaríase *Don Quijote de la Garra*, por cuanto, mediante ella, pensaba subir á la mayor altura, y desarrollarla en pro de sus hambrientos bolsillos. Contento de su invención, y no pudiendo por más tiempo contener dentro del pecho sus proyectos, exclamó lleno de júbilo:

— ¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que saldrán á luz las famosas hazañas mías, dignas de horro-

rizar al mundo, alegrar pícaros, aumentar ladrones y asustar propietarios hasta la más remota generación! ¡Oh, tú, sabio escritor, quien quiera que seas, á quien ha de tocar la gloria de ser mi cronista, ruégote que no te olvides del jumento escudero mío, que es digno por su desinteresado genio de una eterna remembranza! Y tú, venturoso Pitacio, no te quejarás del olvido de este tu señor, porque si no te señalo salario conocido, por no hallar esta costumbre en ninguno de los libros que he consultado, sí te dejo manos libres ahora que tienes las dos, para que las metas hasta el codo en cuanto se te ponga delante; y cuando menos lo pienses, si la suerte me ha soplado bien, te hallarás premiado con el gobierno de un departamento ó con otra cosa equivalente, y quedarás con título y señoría, amén de buenas talegas que sepas reunir, para comprar después la hacienda de Tecacho y Bellas Fuentes, que magüer que cerril, sabes perfectamente cuánto importa ser hacendado.

— Ya verá su merced, señor Don Quijote, si cuando sea dueño de ese desgobernado gobierno puedo dar lecciones al mismo Lincurbo.

— Licurgo querrás decir, majadero.

— Lo mismo da, señor mío.

Puestos amo y escudero en la punta de un recuesto, y viendo el caballero que por el camino que iban, venía

hacia ellos una grande y espesa polvareda, se volvió á Pitacio y le dijo:

— ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta? Pues toda es causada, mi buen Pitacio, por el invencible ejército de la coalición.

— A esa cuenta, dos deben ser, respondió Pitacio, porque de esta parte contraria se levanta otra polvareda semejante.

Y así era la verdad, porque eran dos ejércitos que iban á embestirse. Tanto era el entusiasmo del caballero de la Garra como el de su escudero; mas éste, que había salido poco de su rancho, rogó á su señor le dijera quiénes componían ambos ejércitos, á lo que aquél condescendió y dijo:

— Ese que ves al frente de todos, caballero sobre un corpulento cíbolo, con el rostro algo pintarrajeado, que parece que aúlla cuando habla, es el valiente Fanfarrón Vidaurri, que desde las más remotas fronteras viene á vengar sus agravios, por no haberle dado en casamiento la apetitosa curul. El traer la cara con rayas de color indica su claro origen: ostenta un escudo de águilas americanas, y en el centro una estrella polar con este lema: *Ella me dirige*. A su derecha camina majestuoso el afamado equilibrista Don Calabazate Dorado, señor de la rica Galicia, que tanto en el tiempo de Su Alteza como en el de su bajeza, supo bailar en la cuerda, sin caer: sus armas son

tornasoladas, y su escudo de gala representa un sol medio descubierto, con este lema: *Al sol que nace*. A la izquierda se ve un corpulento personaje, medio doblado por el peso del oro que trae en los bolsillos: es el señor de Fuentes de Plata, quien tanto sirve para ayudar á un golpe de Estado, como para deshacerlo luego; quien tanto se alza en pro de los fueros, como ayuda á destrozarlos. Sus armas son obscuras, lo mismo que sus entrañas, y el escudo que luce tiene una orla de mazorcas, y en el centro una finca rústica de mucha extensión, llamada *Tupátaro*, con este mote: *Con ella seré cristiano, sin ella seré turco*. Y de esta manera fué nombrando otra multitud de campeones de aquel lucido escuadrón, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes, como que á todos los conocía por sus pelos y señales.

Repentinamente, y tal vez por vía de encantamiento, se oyó á un tiempo el estampido de muchos cañones que dispararon del ejército contrario, y amo y escudero, valientes por demás, se lanzaron en la general refriega, para recoger y compartir los laureles de la gloria; pero fué el caso, que no sabiendo ni uno ni otro gobernar muy bien sus corceles, éstos emprendieron la carrera con tal ímpetu, que antes que el fuego cesara, Don Quijote cató sus heridas en la capital de Jalisco, y Pitacio contaba sus gloriosos hechos de armas al calor de la lumbre do se confeccionaban las sabrosas tortillas.

Llevando Juárez adelante las burlas que había determinado hacer al mundo, aquella misma tarde dispuso que Pitacio con mucho acompañamiento marchara al lugar que había de ser para él la Insula Barataria, quizá por lo barato en que la adquiriría. Diósele por ayo, director y mayordomo, á un tuerto de voz flauteada, bellaco por extremo y con barbas de chivo por añadidura.

Digo, pues, que así como Pitacio vió al tal mayordomo, se le figuró en su rostro el mismo de un antiguo secretario íntimo del destronado Gobernador de Guanajuato, cuyo papel había desempeñado *honrosamente*, y así lo comunicó á su señor, que convino en ello.

Salió Pitacio acompañado de mucha gente, vestido á lo elegante, aunque mucho le estorbaban sus movimientos los pantalones verdes que le habían puesto, el chaleco amarillo y la corbata encarnada con una sortija de plata. Detrás de él, caminaba con su lentejuelado zagalejo y su rebozo de bolita su muy cara mitad, que iba á compartir las dulzuras del gobierno, con un zapato en el pie y el otro en la siniestra mano.

Al despedirse de Juárez le besó la mano, y recibió de rodillas la bendición de su señor, que se la dió con lágrimas, y Pitacio la recibió con pucheritos; pero uno y otro se prometieron la mejor armonía en el reparto de los productos del gobierno, y uno y otro se juraron no dejar á los desdichados vasallos de aquel antiguo carretero elevado

al rango de gobernador, ni un alfiler por lo menos, siempre que éste valiera alguna cosa. Llegado que fué á las puertas de su capital, le salieron á recibir sus muy amados vasallos, armados de ganzúas y de hachas, de barras y de cuchillos, de barajas y botellas, y luego se le llevó entre vivas y algazara al palacio del gobierno, donde con ridículas ceremonias le entregaron las llaves de la ciudad, y le dió el mayordomo á reconocer por señor de vidas y haciendas, no teniendo poder para dar aquéllas, pero sí para recoger éstas. Hízosele saber que para calificar el talento de cada gobernador había la antigua costumbre de que al tomar posesión se le hicieran algunas preguntas que debía resolver incontinenti para alegrarse ó entristecerse con su llegada.

— Pase adelante con sus preguntas, respondió Pitacio, que yo las responderé lo mejor que pudiere, ora se alegre, ora se entristezca el pueblo.

Pues la cuestión es la siguiente:

Disputaban un ladrón
Y un pobre desvalijado,
Sobre si un potro robado
Era del diestro campeón
Ó del que lo había comprado.

Era el alegato igual:
Cada uno daba razones

Y señas del animal.

Se pregunta al general:

¿De quién es?

— ¡Es mío, bribones!

dijo Pitacio temblando de cólera. ¡Valiente dificultad por cierto! como si no entendiésemos aquí de versos y de derechos: al diablo vayan todos aquellos que pusieren en duda todo lo que la federación me ha dado. Siga preguntando, señor mayordomo, que no quiero quebrantar usos, siempre que traigan provecho.

Preguntóle en seguida:

Hay un préstamo forzoso
A los vecinos impuesto,
Y hay un causante moroso
Que á todo pone pretexto.
Tiene casa, tiene hacienda,
Y todo se le ha embargado:
¿Qué hacer?

— Que todo se venda

Y venga á mí lo cobrado,

respondió Pitacio sin vacilar y sin rascarse la cabeza, como lo hacen los de su ralea. Todos los presentes admiraron el talento del nuevo gobernador, y presagiaron

para aquella venturosa Provincia una era de pillaje y de robo; todos vieron que el desarrollo de la única mano que Pitacio tenía, era progresivo, contundente, exorbitante; todos salieron de allí escudriñando lo que más les convendría apropiarse bajo las comunistas leyes y ordenanzas de Pitacio.

Obsequiado así el ceremonial, cuenta la historia que llevaron al nuevo gobernador á un suntuoso palacio, donde en una sala estaba puesta una delicadísima mesa, y así como Pitacio entró en la sala, sonaron unas delicadísimas chirimías y guitarrones de Paracho, saliendo Ten, Zincúnegui, Maciel, Porfirio, Ghilardi y otros patrioters á darle agua para la mano, que aquél recibió con mucha gravedad, enjugándose después en su no limpio paliacate.

— ¡Viva el señor Gobernador, luz, farol, norte y guía de cuantos visten

Anchos coletos y calzones anchos!

exclamaron á un tiempo todos los que formaban el consejo de Pitacio; quien, orgulloso de su programa y radiante de júbilo por tales aplausos, repartía apretones de manos á todos sus admiradores. Uno de ellos, discípulo de las musas, no obstante sus cincuenta y pico de años que esconde bajo las canas teñidas y los dientes postizos, llevado del entusiasmo que le causaba la explícita declaración de Pitacio, se alegró, se sintió inspirado, y

tomando un vaso lleno de *charape*, reclamó la atención y dijo recalcando cada una de sus palabras:

« En noche de tal bureo,
Que enajena el corazón,
Yo brindo con emoción
Por la perla de Coeneo. »

Furiosos aplausos resonaron en toda la sala; este brindis abrió el apetito de los otros hijos de Apolo; así es que el mayordomo de Pitacio, empuñando á su vez un vaso que rebosaba *chinguirito*, recitó con su voz de tiple el siguiente:

« Brindo porque llegue el día
En que Vidaurri severo
Convierta en puro dinero
Los cálices y crujía:
Y también brindo á porfía,
Porque dentro de un brasero
Arda nuestro inmundo clero
Teniendo en medio á Munguía. »

Al tuerto mayordomo siguió un indio de abultado abdomen, cara de mascarón, largas guedejas y disformes anteojos.